

CATOLICISMO Y POLITICA: JEAN OUSSET, MAESTRO CATOLICO DE LA CONTRARREVOLUCION CATOLICA

POR

ESTANISLAO CANTERO

A pocas personas se puede aplicar, verdaderamente, el título de *maestro*. Jean Ousset es uno de ellos. Por la sistematización de su obra escrita, por la renovación aportada con ella, y especialmente por la escuela que formó en vida y sigue sus huellas, con la creación de una obra viva —*La Cité Catholique*—, difundida especialmente en Francia, pero con ramificaciones que le han sido directamente deudoras en Suiza, Canadá, Argentina y España, así como en otros muchos países a los que se extendió la influencia de su obra y de su estilo de acción, como Bélgica, México, Brasil, Perú o Portugal, así como diversos países francófonos de África.

Sus Congresos anuales, sin contar con ayuda alguna, más que la que proporcionaban desinteresadamente los particulares que compartían sus ideales, llegó a congregarse, como en el de 1968, a más de tres mil quinientas personas de veintidós países, constituyendo «la principal manifestación de seglares católicos de Europa» (1), cifra que se mantendría con pequeñas variaciones durante

(1) Cfr. MICHEL CREUZET, «Noticia del Congreso de Lausanne IV», *Verbo*, núm. 64 (1968), pág. 235 y, «El V Congreso del Office international», *Verbo*, núm. 65-66 (1968), pág. 341. Pueden verse diversas crónicas de los Congresos en *Verbo*, núm. 24 (1964), págs. 245-257; núm. 33 (1965), págs. 207-208; núm. 34-35 (1965), págs. 301-310; núm. 44 (1966), págs. 235-237; núm. 47-48 (1966), págs. 427-434; núm. 55 (1967), págs. 309-313; núm. 65-66 (1968), págs. 341-347; núm. 74 (1969), págs. 255-256; núm. 75-76 (1969), págs. 367-373; núm. 84 (1970), págs. 265-268; núm. 105-106 (1972), págs. 497-506; núm. 115-116 (1973), págs. 467-478; núm. 124-125

muchos años, como se advierte en el de París de 1980 (2), siendo imposible encontrar local que albergarse mayor número de participantes.

Descontento de la situación que reinaba en Francia, sometida a un proceso de disolución del patrimonio espiritual y material de su patria, durante los años treinta, no es sino hasta 1946, cuando su preocupación para evitarlo, y la búsqueda de formas de acción adecuadas, tras unos ejercicios espirituales, se plasmó en la fundación, en unión de Jean Masson, de *La Ciudad católica*, cuya primera denominación fue la de *Centro de Estudios críticos y de síntesis*; posteriormente recibiría el de *Oficina internacional de obras de formación cívica y de acción doctrinal según el derecho natural y cristiano*, en el que poco después se sustituye la «acción doctrinal» por «acción cultural»; por último, recibiría el nombre de ICTUS (*Instituto Cultural y Técnico de Utilidad Social*). Comprendieron que la salud de la Ciudad se encontraba en la religión católica y en la restauración de una sociedad acorde con el orden sobrenatural y el orden natural, para lo cual se precisaba, de un lado, formarse en la doctrina correcta y actuar, cada cual en la ciudad, según su deber de estado; de otro, comprender que la obra de la Revolución estaba tan extendida, que había que dar la batalla en lo que resultaba verdaderamente esencial, que ya no era la forma política concreta, sino el ámbito más extenso de lo cultural y social; había que recuperar el tejido natural de las sociedades, sus cuerpos intermedios, y formar cuadros dirigentes capaces de actuar como verdaderas élites sociales en todos los ámbitos de la sociedad.

Para lograr convencer a las gentes y mover su voluntad, se

(1974), págs. 417-419; núm. 145-146 (1976), págs. 605-608; núm. 147 (1976), págs. 869-878; núm. 155-156 (1977), págs. 641-650; núm. 185-186 (1980), págs. 535-538; núm. 309-310 (1992), págs. 1.160-1.164; y los artículos de MICHEL CREUZET, «El Congreso de un método», *Verbo*, núm. 85-86 (1970), págs. 455-463 y JEAN OUSSET, «Significación de Lausanne», *Verbo*, núm. 83 (1970), págs. 161-166.

(2) Cfr. E. CANTERO, «El XIII Congreso del Office international», *Verbo*, núm. 185-186 (1980), págs. 535-538.

propuso una obra nueva en sus métodos de acción, con la que no sólo se trataba de lograr una buena o magnífica formación doctrinal, sino también una acción eficaz, que no tenía que esperar a que la formación fuera completa en todos los terrenos. Había que conocer la verdad y establecer unas fórmulas de acción que permitieran la difusión de la verdad conocida desde el mismo interior de la sociedad, unidas ambas de forma indisoluble a la competencia profesional de cada cual. La formación y la acción —es decir el traducir en obras la formación adquirida— debían ser complementarias, y a ello se encaminó el trabajo de la Ciudad Católica, con sus células de estudio y su concepción de obra auxiliar para todos aquellos que también trabajan por la sociedad cristiana, la patria, la familia o todas aquellas instituciones y actividades conformes al orden natural y al orden cristiano. Lejos de pretender monopolizar nada o de sustituirse en lugar de otras organizaciones, su método de acción, en cuanto organización, consiste en constituirse como obra auxiliar de otras ya existentes o que pueden crearse (3).

Después de Maurras y su *Action Française*, no ha habido movimiento alguno en el ámbito contrarrevolucionario, comparable por su intensidad, renovación, influencia e importancia de movilización —aunque no fuera de masas— a Ousset y *La Cité Catholique*. Bien es verdad, como hemos visto, que dio un giro a su obra, dando un enfoque diferente a la *politique d'abord*. No se trataba ya de elaborar un nuevo partido político, sino de hacer política católica en todos los ámbitos de la vida del hombre, con-

(3) Sobre la Ciudad Católica, cfr. *¿Qué es la Ciudad Católica?*, Speiro, Madrid, 1961, 78 págs.; JUAN VALLET DE GOYTISOLO, «Qué somos y cuál es nuestra tarea», *Verbo*, núm. 151-152 (1977), págs. 29-50, y «Eugenio Vegas y la Ciudad Católica», en el volumen de varios autores, *Eugenio Vegas Latapie (1907-1985). In memoriam*, Speiro, Madrid, 1985, págs. 187-203; ESTANISLAO CANTERO, «¿Qué es la Ciudad Católica?», *Verbo*, núm. 235-236 (1985), págs. 529-543.

Sobre la labor actual de ICTUS, cfr. *Permanences*, núm. 298-299 (1993), monográfico sobre el congreso de 1992, *Le temps des Nations*.

forme a su especial vocación y su singular situación en la sociedad (4).

Su actividad y difusión fue de tal envergadura que desató un ataque frontal del denominado progresismo católico, que no pudo soportar su auge ni ver con buenos ojos a un enemigo que creía batido y que replanteaba, de nuevo, con energía, el combate contrarrevolucionario para instaurar todo en Cristo, para restablecer la Ciudad Católica, siguiendo las exhortaciones de San Pío X (5).

Nada más lejos de mi intención que pretender hacer una semblanza de su vida o un estudio de toda su obra que requería un grueso volumen, y que otros, con más méritos que los míos, singularmente nuestros amigos franceses, no dejarán de hacer. Aunque conocí a Jean Ousset en el Congreso de Lausanne de 1968, donde pude apreciar el fervor y entusiasmo que suscitaba en el auditorio, que, especialmente los jóvenes, le interrumpían constantemente con sus aplausos —en unión de Madiran y Thibon eran los más aplaudidos en los Congresos, y se esperaban sus intervenciones con verdadera expectación—, no tuve la fortuna de tratarle y aunque le saludé en otros Congresos, solo recuerdo, ahora, su conversación en el Congreso de Versalles del año 1992, en que, con Miguel Ayuso, nos decía la importancia que daba a los amigos españoles de la Ciudad Católica, no sólo evocando su relación con esta casa, con Eugenio Vegas y Juan Vallet, sus participaciones en las reuniones españolas o la perseverancia de tantos años, sino porque hay todo un continente que se expresa en nuestra lengua, en situación de expansión, que nació a la civilización en la cultura católica y en donde veía grandes posibilidades y esperanzas para la Restauración del orden social católico. Tan solo me voy a ocupar

(4) Sobre la significación contrarrevolucionaria en Francia de Jean Ousset y la Ciudad Católica, cfr. JACQUES TREMOLET DE VILLERS, «La contrarrevolución en Francia», *Verbo*, núm. 317-318 (1993), págs. 751-759.

(5) Sobre la oposición y campaña del progresismo contra ella, cfr. JEAN MADIRAN, *Críticas a la Ciudad Católica*, Speiro, Madrid, 1963, 227 págs.; EUSTAQUIO GUERRERO, S. J., «Un folleto multícopiado sobre la Ciudad Católica», *Verbo*, núm. 4 (1962), págs. 45-66 y «La Ciudad Católica, signo de contradicción», *Verbo*, núm. 9-10 (1962), págs. 117-126.

de analizar con brevedad la que, sin duda es su obra cumbre, y que es también la obra doctrinal más lograda de la Contrarrevolución: *Para que Él reine*.

Escritor prolífico, su obra se caracterizó por dirigirse a la exposición y difusión de la doctrina social católica, con un claro y fundamental propósito pedagógico, encamiando a lograr la instauración del reinado social de Nuestro Señor Jesucristo en las sociedades actuales, de donde fue expulsado por la Revolución. Pero su obra, de acuerdo con esa finalidad didáctica, no se limitó a ser descriptiva de los males de la Revolución, ni apologetica de la Iglesia y de la civilización cristiana, ni revitalizadora del amor a la patria —especialmente a su amada Francia—, sino que además, y sobre todo, se dedicó a establecer una estrategia de acción contrarrevolucionaria, patente a lo largo de toda su obra.

Ousset nos ha dejado numerosos libros que han tenido un singular éxito editorial con ediciones continuas y traducciones a otros idiomas, quizá solo comparable en éste siglo, y en el ámbito de la contrarrevolución, a los éxitos de las obras de Maurras. En efecto, además de *Pour qu'Il regne* que en sus diversas ediciones ha superado la cifra de los 50.000 ejemplares (6), nos ha dejado,

(6) La Cité Catholique, París, 2.ª ed., 1959, xxiv + 919 págs. (la primera se editó en 1957). Ha tenido múltiples ediciones francesas y tres versiones diversas. La segunda versión (París, 1970, 458 págs.) la editó el Office y tuvo varias ediciones, volviendo en la tercera, editada por Club du Livre Civique (París, 1976), fundamentalmente a la primera, de la que se hicieron posteriores ediciones, alguna de ellas editada por Dominique Martin Morin (París, 1986); cfr. JUAN VALLET DE GOYTISOLO, «Una nueva edición de *Pour qu'Il regne* de Jean Ousset», *Verbo*, núm. 247-248 (1986), págs. 841-843.

La edición de 1976, fue la octava de todas las ediciones francesas y en esa fecha totalizaba una tirada de 34.000 ejemplares.

Para que Él reine, se editó en España (traducción de la 2.ª edición francesa), Speiro, Madrid, 1961, xxxii + 923 págs. y la versión segunda (Speiro, Madrid, 1972, 542 págs.) fue traducción de la segunda edición de la segunda versión, y se subtítulo «Catolicismo y política. Por un orden social cristiano»; la primera edición fue de 3.000 ejemplares y la segunda de 4.000; también se tradujo al portugués esa segunda versión con el título *Cristianismo e Política*, Restauração, Lisboa, 1975.

entre otras, *Le Marxisme-Leninisme* (7), posteriormente reelaborado con el título de *Marxisme et Revolution* (8), *L'amour humain* (9), *Fondements de la Cité* (10), *A la decouverte du Beau, Patrie-Nation-Etat* (11), *Le Travail* (12), *Pour une Doctrine Catholique de l'Action Politique et Sociale* (13), posteriormente reelaborada como *L'Action* (14), todas ellas con numerosas ediciones francesas y traducciones a varios idiomas —al menos al español, inglés y portugués—, y un número considerable de folletos y de artículos publicados en diversas revistas francesas y extranjeras (15).

Para que Él reine supuso un fuerte aldabonazo a la conciencia

(7) *El marxismo leninismo*, Speiro, Madrid, 1967, 403 págs.; en Argentina, Buenos Aires, se publicaron al menos dos ediciones, Iction 2.ª ed., 1964 y por los menos se hizo una edición en lengua inglesa.

(8) *Marxismo y Revolución*, Speiro, Madrid, 1977, 218 págs. y una traducción portuguesa con el título *Marxismo e Revolução*, Resistencia, Lisboa, 1977.

(9) Con el seudónimo de JEAN MARIE VAISSIÈRE, *El amor humano*, Euramérica, Madrid, 1966, 240 págs.; al menos se hizo una edición en inglés.

(10) Con el seudónimo de JEAN MARIE VAISSIÈRE, *Fundamentos de la política*, Speiro, Madrid, 1966, 218 págs.; al menos se hizo otra edición argentina y otra en inglés. Agotada la edición española hace muchos años, puede verse en *Verbo*, núms. 3 (1962) a 18-19 (1963), con el título de «Introducción a la política».

(11) *Patria, Nación, Estado*, Speiro, Madrid, 1966, 144 págs. Agotada la edición hace tiempo, puede encontrarse en *Verbo*, núms. 34-35 (1965) a 41 (1966), donde se publicó por entregas.

(12) En colaboración con MICHEL CREUZET, *El trabajo*, Speiro, Madrid, 1964, 392 págs. Al menos se hizo una edición argentina.

(13) *La Cité Catholique*, París, 1961, 231 págs.

(14) Office international des oeuvres de formation civique et d'action culturelle selon le droit naturel et chrétien, París, 1968; traducción española, *La acción*, Speiro, Madrid, 1969, 271 págs.; al menos se hizo una edición en Hispanoamérica, en Perú, IDEPS, Lima, 1982, 271 págs. Agotada hace muchos años la edición española, puede encontrarse en *Verbo*, núms. 49 (1966) a 74 (1969), donde se publicó por entregas con el título de «Deber y condiciones de eficacia».

(15) Véase en este mismo número de *Verbo* el artículo de JUAN VALLET DE GOYTISOLO, «Jean Ousset, modelo y guía para los amigos españoles de la Ciudad Católica».

de los católicos preocupados por la degradación de las sociedades que abandonaban su fundamentación católica. Se estudió en centenares de células y grupos de estudio. Recibió elogios de Obispos de todo el mundo. Tan solo en España se recibieron los de los Arzobispos de Tarragona, Sevilla, Pamplona, Valencia y Zaragoza, los Obispos de Almería, Avila, Bilbao, León, Mondoñedo, Plascencia, Segovia, Solsona, Vich, Vitoria y Zamora y los Obispos Auxiliares de Burgos, Madrid-Alcalá, Toledo, Tarragona y Santander (16), que la consideraron especialmente apropiada para el propósito perseguido.

La obra se estructura en cuatro partes, tituladas, «Cristo Rey», «Las oposiciones hechas a la Realeza social de Nuestro Señor Jesucristo», «Nuestras razones para creer en el triunfo del reinado social de Nuestro Señor Jesucristo» y «Las exigencias del combate por una ciudad católica»; esta última, dedicada a la acción, desaparecería de las sucesivas ediciones, una vez publicado el libro *La acción* (17).

La primera parte se dedica a mostrar que Cristo es principio y fin de todas las cosas y Rey de todas las naciones; se trata de un reinado que no es de este mundo sino sobre este mundo y los hombres tienen como obligación hacer la voluntad de Dios en la sociedad y los católicos no pueden desatender su deber de restablecer el orden social cristiano, puesto que de éste, depende la salvación del mayor número de las almas.

El que la Iglesia no «haga política», se presta a los mayores equívocos, pues si no toma partido por las diversas opciones legítimas que son acordes con la doctrina católica sin embargo, rechaza las que se le oponen; no enseña las soluciones técnicas que pueden adoptarse, pero desde el momento en que enseña las verdades naturales, posee y enseña unas verdades políticas. Los seculares, que forman parte de la Iglesia, que son también Iglesia,

(16) Cfr. *Verbo*, núm. 6 (1962), págs. 65-77; *Verbo*, núm. 8 (1962), págs. 59-61; *Para que El reine*, Speiro, Madrid, 1961, págs. xi-xiv.

(17) Se compone además de un índice analítico de conceptos, págs. 793-815 y un excelente índice de nombres propios, págs. 819-914, en el que se sintetiza admirablemente la significación de cada uno.

deben comportarse como hijos fieles de ella, defender el orden social cristiano y, para ello, adquirir la formación doctrinal adecuada para esa misión. Para eso es necesario comprender la armonía que debe reinar entre la teoría y la práctica, la doctrina y la acción, el fin y los medios, todo ello dirigido al fin principal, comprendiendo que la salvación está en la doctrina social de la Iglesia.

La segunda parte, la más extensa, está dedicada a mostrar al lector la realidad de diversas corrientes de pensamiento y de acción encaminadas a erradicar a Dios de la sociedad, de las inteligencias y de los corazones. Es una parte sobrecogedora, que tiene su origen en el pecado original y en la obra continua y sin descanso de Satanás. Como indica su autor los «obstáculos» y las «oposiciones» a la Realeza social de Jesucristo Nuestro Señor que va a examinar no están «fundados racionalmente o, si se prefiere, naturalmente», porque «no es posible en efecto, que haya oposiciones, obstáculos verdaderamente legítimos en contra del orden divino. Sólo el error, cuando no la perversidad de los hombres, puede crear una situación que haga difícil el triunfo de la verdad» (18); esos son los únicos obstáculos: «el error y los que lo propalan» (19); por ello no es suficiente combatir el error, sino que junto a él «es necesario combatir a sus agentes y secuaces» (20). Nada se consigue con aplicarse al primero e ignorar a los segundos, so capa de una mal entendida caridad, porque no sólo existe «la nocividad de las ideas falsas», sino que «hay también, en cierto sentido, la mala voluntad de los hombres» ... «Prender guerrar solamente contra las ideas y los sistemas perversos, sin tener en cuenta a quienes los propalan, difunden y aplican sistemáticamente, sería una locura, cuando no una complicidad manifiesta con el enemigo» (21).

En primer lugar, tenemos *el naturalismo*, que constituye el error básico. Es el enemigo en el orden de las ideas. En segundo

(18) *Pour qu'Il regne*, ed. cit., París, 1959, pág. 81; *Para que El reino*, Speiro, Madrid, 1961, pág. 81.

(19) Id., pág. 81.

(20) Id., pág. 82.

(21) Id., pág. 85.

lugar, la *Revolución*, que es el enemigo en el orden de los efectivos y de las fuerzas humanas (22).

El naturalismo «es esencialmente una actitud independiente y de repulsa de la naturaleza respecto del orden sobrenatural y revelado» (23). Distingue Ousset tres grados o clases de naturalismo. El primero, niega incluso la existencia del orden sobrenatural y sus aspectos más habituales son el ateísmo, el panteísmo, el materialismo, el sensualismo, el positivismo, el agnosticismo y especialmente el racionalismo y el laicismo. El naturalismo de segundo grado sitúa en el mismo nivel lo natural y lo sobrenatural, incluso llegando a confundirlos. El de la tercera categoría, que suele ser el más extendido, admite el orden sobrenatural y su preeminencia, pero estima que es «materia de opción» de la que se puede legítimamente prescindir, pero «Jesucristo no es facultativo» (24).

La Revolución, tal como la entienden y han definido y defendido sus partidarios, coincidiendo con sus debeladores, consiste en una doctrina, en una actitud y en un comportamiento de oposición, enfrentamiento y odio a Dios, la Iglesia y el orden social cristiano (25). Con todo, queda suficientemente de relieve que se trata, como ha señalado Sandoval, «de una abstracción histórica, no de un personaje de carne y hueso» (26). Tal como indica Vallet, «la extensión operada en el concepto» —«el de la Revolución por antonomasia», «la Revolución francesa»— comprende, tanto la mentalidad que hizo posible la ideología revolucionaria..., como asimismo el posterior desarrollo de sus ideas, bien sea en la línea del liberalismo y del anarquismo como en la de los socialismos, utópicos o marxistas» (27). Provoca la corrupción moral e in-

(22) Id., pág. 86.

(23) Id., pág. 88.

(24) Id., págs. 106 y 107.

(25) Id., págs. 119-144.

(26) LUIS MARÍA SANDOVAL PENILLOS, «Consideraciones sobre la contrarrevolución», *Verbo*, núm. 281-282 (1990), pág. 228.

(27) JUAN VALLET DE GOYTISOLO, «Aclaración previa en torno a la palabra 'revolución'», en el volumen de AA. VV., *Revolución-Conservadurismo-Tradicón*, Speiro, Madrid, 1974, págs. 23-24.

telectual y la destrucción del orden social (28). Ousset no da excesiva importancia a la existencia de un complot que tuviera ese fin —aunque desde luego ha existido en diversos momentos una connivencia para ello y las cartas de Voltaire con su blasfemo grito de *Ecrasez l'Infâme!*, así como la conspiración para acabar con los jesuitas en el siglo XVIII (29) lo ponen de manifiesto—, basta con darse cuenta que hay una unidad en la Revolución, una unidad de fines, aunque no haya sido preconcebida desde antiguo por una «organización».

Seguidamente, a lo largo de tres capítulos, se refiere «a las tropas regulares de la Revolución», es decir, sus manifestaciones y sus obras, que eclosionan en la Revolución francesa, inmediatamente preparada por el filosofismo y el enciclopedismo del siglo XVIII, con sus posteriores derivaciones. Ni que decir tiene que para Ousset, al igual que para sus maestros la Revolución francesa (30) como específica manifestación histórica de la Revolución, es como para De Maistre, «satánica» (31), y como lo fue para Maurras, «caótica» (32), al destruir el orden social (33).

Pero no sería posible el avance y los éxitos de la Revolución, si no contara además, por una parte, con lo que constituye el capítulo siguiente, lo que denomina «su quinta columna», es decir, todos los errores y herejías surgidos en el seno del cristianismo, principalmente de orden intelectual y social, especialmente debidos

(28) Id., págs. 144-169.

(29) Cfr. FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA, *El liberalismo y la Iglesia española. Historia de una persecución. Antecedentes*, Speiro, Madrid, 1989, págs. 30-45.

(30) Cfr. una síntesis interpretativa, E. CANTERO, «La Revolución francesa: recapitulación historiográfica», *Aportes*, año V, núm. 12, págs. 20-29.

(31) JOSEPH DE MAISTRE, *Considérations sur la France, en Oeuvres Complètes*, Librairie Catholique Emmanuel Vitte, Lyon, 1924, tomo I, pág. 55. Cfr. MAURIZIO DENTE, «Joseph de Maistre y sus Consideraciones sobre Francia», *Verbo*, núm. 243-244 (1986), págs. 459-467.

(32) CHARLES MAURRAS, *Dictionnaire politique et critique*, A la Cité des Livres, París, 1933, tomo V, pág. 29.

(33) Cfr. E. CANTERO, «La Revolución francesa vista por Maurras», *Aportes*, año V, núm. 12 (1990), págs. 63-68.

al llamado «catolicismo liberal» (34); por otra, con «nuestros propios abandonos y complicidades» (35). Es decir, esos tres capítulos se corresponden, respectivamente a las obras, actitudes y mentalidades de los tres grados de naturalismo.

Termina esta segunda parte indicando los deberes de los católicos frente a la Revolución triunfante, la necesidad del contraataque urgidos por esa condición de católicos, el fracaso de la tácticas conciliadoras y la necesidad de una profesión integral de catolicismo con una adecuada e intensa formación en la doctrina social de la Iglesia (36).

Ante el desastre causado por la Revolución y la urgencia de ponerle coto, la tercera parte está dedicada a indicar las razones para la esperanza, con argumentos sobrenaturales, pero también naturales: de un lado, «las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia», de otro, pese a las más terribles persecuciones la Iglesia ha triunfado; los mismos éxitos de la Revolución deben servir de acicate para ver como la resolución de los hombres empeñados en una tarea puede ser eficaz; Cristo nos pide que luchemos con toda nuestra fuerza, no se nos garantiza la victoria, pero hay razones para esperar en ella si verdaderamente nos ponemos a ello; como decía Santa Juana de Arco, «los guerreros lucharán y Dios dará la victoria» (37).

Además, explica en los capítulos siguientes, Cristo es nuestro amparo y nuestra fuerza; el cristianismo constituye el único humanismo verdadero, como la historia muestra a todo aquel, que aún sin creer, se acerque a él queriendo conocer la verdad; la Iglesia es la única tabla de salvación de la sociedad contemporánea; y el cristiano tiene que ser soldado de la contrarrevolución por «deber de estado», cuyas virtudes son las virtudes evangélicas. Es una llamada a la santidad, recordándonos que no está reservada a seres excepcionales, sino que todos estamos llamados a ella,

(34) Id., págs. 257-323.

(35) Id., págs. 325-383.

(36) Id., págs. 385-428.

(37) Id., págs. 431-446.

para lo cual, en los tiempos presentes es preciso una buena formación doctrinal y una acción para hacer eficaz ese combate (38).

La cuarta parte, suprimida una vez que apareció *La acción*, constituye todo un tratado sobre el combate contrarrevolucionario y los métodos de acción.

Jean Ousset, a lo largo de la obra, no se contenta con describir solo los males sociales y los errores intelectuales, sino que los confronta permanentemente con la verdad de la doctrina católica, con el orden natural y con el orden sobrenatural. De ahí surge en el lector, poco a poco, no sólo la reafirmación de su fe, sino el impulso para pasar a la acción del combate por Cristo. En este sentido, su valor pedagógico resulta inestimable.

Ousset ha sabido plasmar de modo magistral tanto el diagnóstico de los males sociales como los remedios adecuados para su curación, esforzándose en poner en marcha un cierto estilo de acción que los haga posibles. La herejía a la que se enfrenta hoy día la Iglesia, los católicos y lo que queda en las instituciones de ese mundo que en una época no muy lejana fue cristiano y la obra humana más perfecta que se ha visto, es «una herejía social» (39) y de orden práctico, por lo que su refutación y erradicación depende en gran medida del comportamiento de los católicos (40). Fiel a todos aquellos que le precedieron y a la Iglesia, Nuestra Madre, de la que fue un hijo fiel, se empeñó y comprometió en un combate cultural y político dedicado a los demás, esforzándose en que comprendieran «lo que está en juego», y a su vez, respondieran a la llamada de Cristo y de su Iglesia en el combate y la militancia contrarrevolucionaria, para mayor gloria de Dios y salvación de las almas: para que Él reine.

No hay que pensar de ningún modo que Ousset fuera «sólo» un intelectual. Fue sobre todo un hombre de acción. Una de esas escasas personas en que ambas facetas se combinan de tal modo que producen un resultado excepcional. Capaz de comprender lo

(38) Id., págs. 447-541.

(39) Speiro, Madrid, 1961, pág. 83; 2.ª ed., 1972, pág. 32.

(40) Speiro, Madrid, 1972, págs. 32-33.

que requerían los tiempos modernos para llegar más eficazmente a los hombres, a los que es preciso ayudarles a ver la luz, para que una vez conocida, se vuelvan nuevos faros de radiación con su comportamiento. Por ello, no fue nada dogmático en sus métodos ni en los medios empleados. Respecto a estos últimos, su obra se dio pronto cuenta de la importancia de la cultura audiovisual, y la utilizó con profusión.

En cuanto a los métodos, baste como botón de muestra el recurso a las enseñanzas de la historia. Si ya en la primera edición de *Para que Él reine*, la exposición y el estudio no se limitaba a la pura doctrina, sino que con frecuencia se recurría a la exposición de los hechos de la historia, de forma que la experiencia y la doctrina se auxiliaban mutuamente, algunos años más tarde comprobó que era preciso rechazar los planteamientos que consideraban que «la verdad no es sostenible sino únicamente en el plano de las demostraciones abstractas» (41), «ya que el simple recuerdo doctrinal no consigue perforar el frente del antidogmatismo moderno» (42). Por ello indicaba que «es preciso no abandonar nada, no despreciar nada de la indispensable y constante referencia al único dogmatismo salvador de la única autoridad sobrenatural y salvadora; pero, además, es necesario desarrollar, ampliar, ilustrar y confirmar su enseñanza con todo un conjunto de demostraciones, de observaciones que no deben desperdiciarse...; con una victoriosa sobreabundancia de pruebas concretas».

«Por eso importa, en estos momentos, que recurramos a esta experiencia constante de las posibilidades humanas que se llama la historia... que no es únicamente la historia antigua, sino también la historia de hoy día». Es la verdad que brota de los hechos (43).

(41) J. OUSSET, «Les pierres crieront...», *Permanences*, núm. 114 (1974); trad. española, «Las piedras gritarán...», *Verbo*, núm. 133-134 (1975), página 303.

(42) J. OUSSET, «La piedras gritarán...», *op. cit.*, pág. 308.

(43) J. OUSSET, «La piedras gritarán...», *op. cit.*, págs. 306-307; cfr. J. VALLET DE GOYTISOLO, «Jean Ousset y las enseñanzas de la historia», *Verbo*, núm. 145-146 (1976), págs. 609-614.

Su obra continúa viva y en pleno vigor, pues «retirado» Ousset hace ya algunos años, sigue con empuje el camino trazado y el fin propuesto, bajo la dirección de una nueva generación que continúa las huellas de sus maestros (44).

Durante muchos años *Para que Él reine* ha sido nuestro libro de cabecera; el mejor homenaje que podemos rendirle, después de encomendarle en nuestras oraciones, es volverlo a coger y leer sus densas páginas, continuar propagándolo y que las nuevas generaciones lo estudien.

Transcurrida su vida mortal, la peregrinación preludio de la vida eterna que todos estamos recorriendo, esperamos con confianza en Nuestro Señor Jesucristo que estará ocupando el puesto que le tenía reservado, al lado de su admirada y venerada Santa Juana de Arco, de sus maestros y «amigos», San Pío X, el Cardenal Pie, el obispo Freppel... todos aquellos cuyas enseñanzas piadosamente siguió; de sus amigos de *la Ciudad Católica* que le precedieron en su marcha, Jean Masson, Michel Creuzet, Paul Auphan..., y aquél otro gran francés de este siglo, maestro como él, de la contrarrevolución, y que poco antes de la muerte, encontró la paz y la verdad que tanto anheló: Charles Maurras. Y nosotros, esperamos, cuando nuestra peregrinación termine, que podamos encontrarnos, de nuevo, en la casa del Padre.

(44) Sobre la labor actual de ICTUS, cfr. *Permanences*, núm. 298-299 (1993), monográfico sobre el congreso de 1992, *Le temps des Nations*; E. CANTERO, «La hora de las naciones», *Verbo*, núm. 309-310 (1992), págs. 1.160-1.164.